

## ERNESTO ROMÁN OROZCO: DON DE LA EBRIEDAD

FRANCISCA NOGUEROL JIMÉNEZ

Universidad de Salamanca

La presente reflexión se encuentra dedicada a un hombre que, como algunos otros reunidos en estas páginas, han convertido la literatura en medio, forma y clave de vida. Coordinador de Literatura del Ateneo del Táchira, director y fundador de El Árbol Editores, Ernesto Román Orozco se define a sí mismo como lector curioso y atento, escritor exigente consigo mismo y los demás — descreo de los raptos de inspiración y propugna la disciplina y el esfuerzo como claves para llegar a la verdadera poesía —, amigo de sus amigos y defensor impenitente de una actitud bohemia ante la vida que lo ha llevado a frecuentar con igual pasión los boleros y la noche. Acreedor de numerosos premios literarios, su obra no ha alcanzado hasta ahora, sin embargo, la proyección que merece. De hecho, en mi comentario hablaré de algunos libros como *Gestos deshabitados* y *Edades manuscritas*, aún inéditos a pesar de su incuestionable calidad y que citaré a partir de los manuscritos que, generosamente, me hizo llegar su autor.

Reflexiva, transparente y deudora de la poética del silencio, la obra de nuestro poeta se define así por su búsqueda de la trascendencia a partir de la contemplación de la naturaleza. Declarado discípulo del tristemente fallecido Eugenio Montejo, Román Orozco busca la *altura* a partir de símbolos tan terrenales y montejanos como los árboles y los pájaros, recurrentes en su poesía como también lo serán los monjes y los “santos bebedores” —con el permiso de la extraordinaria *nouvelle La leyenda del santo bebedor* (1939), de Joseph Roth—, tan marcados por la soledad como por la búsqueda de un más allá a través de la palabra y el alcohol. Él mismo se definirá aunando ambas vertientes en los siguientes versos: “Todos me acusan por ronco/ porque mi vuelo es brindar/ por mis caídas/ entre las rimas resplandecientes de un pájaro/ y entre las páginas de un libro/ de Eugenio Montejo” (*Edades manuscritas*: 15).

De este modo se explica el título que he elegido para la presente reflexión: la poesía de Ernesto Román descubre, como ya lo hiciera el español Claudio Rodríguez en *Don de la ebriedad* (1953), la lucidez a la que a veces llegan algunos seres humanos —locos, poetas, santos, bebedores, bohemios o todos ellos juntos, homenajeados por nuestro autor en más de una ocasión— y que sólo puede ser considerada como un talento divino, inasequible al común de los mortales.

La exigencia necesaria para acceder a este estado de iluminación lleva al poeta a elaborar una obra basada en la imagen paradójica, siempre en la grieta y, por lo tanto, deudora de la sorpresa. Él mismo lo señala al colocar el epígrafe del colombiano Juan Manuel Roca “Una puerta, una grieta/abierta en el asombro” al comienzo de *Magisterio de la grieta*, consciente del ineluctable fracaso de un proyecto que busca trascender a través de la materia. Así lo revela en el demoledor “Ser del desarraigo” —“en busca/ del albor/ el bambú/ quiebra su tallo” (*Gestos deshabitados*: 20)—, ambición mantenida significativamente en “Acto del desdoble”: “estoico y diagonal/ me inyecto/ transparencias/ asciendo al encuentro del brillo” (*Magisterio de la grieta*: 34).

Por ello, el oxímoron y la unión de estados contradictorios resultan fundamentales en los títulos de sus poemarios —recordemos en este sentido *Los zapatos descalzos* (1995), *Las piedras inconclusas* (2001), *Los hemisferios distantes del silencio* (2005), *Las casas líquidas* (2006), *Gestos deshabitados* (2007), *Magisterio de la grieta* (2007)—, figura que se mantiene asimismo en versos como los siguientes: “...este poema/ tiene un quiste/ en una tilde/ donde está encerrado/ un hombre/ pintando un círculo perfectamente cuadrado” (*Las casas líquidas*, 57). De ahí, también, su interés por el *koan* budista, pregunta o acertijo nacido en Oriente del que, como señalé en relación a la poética de Rafael Cadenas, está destinado a confundir los hábitos de nuestro pensamiento lógico para llevarnos a un estado de conciencia superior. Es el caso de algunas composiciones incluidas en el esencial *Magisterio de la grieta*:

(koan I)

dentro  
de mi corona  
de espinas

tu boca  
bostezo en la espesura  
de una niebla  
de lanzas

donde *el blanco*  
—meditación del arco—  
no es el círculo del centro  
ni destino último

de la certeza (Román Orozco 2007: 12).

Y, en la misma línea, en el titulado irónicamente “zen-tado”: “liviandad/ de quien se asume/ piedra o rosa/ percepción/ y oscuridad de desventaja/ entre el techo de tus pechos/ y las hojas de mi voz/ tan alta de vacío” (2007: 54).

Román Orozco sabe que el tema de la gran poesía es, indefectiblemente, el de la recuperación del instante frente al tiempo que pasa. Él mismo se encarga de destacarlo en “Luz de desalojo”:

del tiempo  
preciso su luz de desalojo

en ese instante  
foráneo  
de la edad

por esas puertas  
que a medio cerrar

quedan abiertas

como la lucidez (*Edades manuscritas*: 16).

Así se aprecia también en la reciente antología *Artesa del tiempo*, donde se manifiestan los grandes motivos de su escritura: el deseo de conocerse, que explica la frecuente recurrencia a los espejos en su obra (no en vano estos objetos, que Tito Monterroso definiera irónicamente como “susto de poetas y recurso de críticos”, dan nombre a la primera parte de *Las casas líquidas*); la búsqueda de un dios tan distante como deseado, que obliga al sujeto poético a profesar lo que ha denominado Andrés Neuman en un reciente poemario homónimo como “mística abajo” y que llevó a nuestro autor a utilizar en alguna ocasión el seudónimo de José Crucifixión Grietas; la ansiedad por encontrar un refugio, materializada en la relación erótica y, especialmente, en la ternura —recordemos a la mujer que encarna la salvación en *Las casas líquidas*— “resumo/ la caída de los templos/ al tiempo/ que te haces/ más clara e ingenua/ en la ternura/ de un error ortográfico” (*Las casas líquidas*: 6); y el fracaso y final soledad a la que todos nos encontramos abocados.

Su condición esencial de solitario es destacada por el mismo autor: “A veces pienso que el Ernesto Román que uno siente está lleno de pesadas sensibilidades que pesan muchísimo, que duelen a veces y eso lo conduce en muchas oportunidades a retirarse un poco, a andar cabizbajo y cuando levanta la cara, mal encarado” (López 2009: 2). En otras ocasiones, el sujeto poético se presenta imposibilitado de triunfar:

adicto a la caída  
tengo un nicho  
de costras

y un cuento  
de tierra mordida

a tenor  
de los espejos

de esas piedras  
marcadas de besos

sobre las ruinas

del triunfo (*Gestos deshabitados*: 57).

Mientras que en “Estar”, se define como “... quien de último/ llega primero/ siempre/ detrás del vencedor” (*Gestos deshabitados*: 59)

Si David Cortés señala cómo “es en el intimismo del deseo físico que el poeta se libera de la angustia del tiempo y recupera no en la mirada, sino en el cuerpo, el sentido de la vida” (Cortés Cabán 2009: 1), algunos de sus mejores poemas reflejan la unión indefectible de amor y soledad, a modo de los boleros tan apreciados y mejor cantados por el poeta de Zulia: “piel del alba/ te pusiste en los senos/ diosa del níspero escarchado/ entre las piernas/ hoy en tu nombre/ desde mi soledad/ visito botellas polvorientas/ en todos los caminos” (Román Orozco 2006: 8). O, como señala humorísticamente en otra ocasión: “en adelante/ me dejaré crecer/ las venas/ nunca/ me las volveré a cortar” (29).

En otro orden de cosas, si el mismo Ernesto Román se califica de “bebedor de ocasos” en su dirección electrónica o, lo que es lo mismo, de buscador de plenitudes a través de los estados superiores de conciencia que prodiga el alcohol —este es el significativo título que eligió Enrique Hernández D’Jesús para su prólogo a *Las casas líquidas*—, se comprenderá que la alusión a la bebida en todas sus acepciones sea fundamental en sus libros, donde parece seguir los dictados del filósofo y novelista alemán Ernst Jünger cuando éste comentó que “la fuerza de atracción, a menudo imposible de resistir, del alcohol, no está en el goce físico que proporciona, sino en su fuerza mística, pues el bebedor se encuentra hambriento de poder espiritual” (Jünger 1989: 156). En la misma línea, Mircea Eliade se

atrevería a calificar al alcohol como una de las “formas inferiores de la mística” en uno de sus ensayos de los años treinta reunidos en *Fragmentarium*, capacitado para hacer que el ser humano salga de sí mismo y se aísle del mundo en un absoluto suprasensible (Eliade 2004: 179). Así lo refleja nuestro poeta en el magnífico “Entorno del solitario”:

uno bebe  
y se hace pájaro  
en lo ebrio

trata a Dios  
desde una copa  
de barro  
tostado

es un nido  
de pan blando  
como la espina  
en ayunas

y santidad (*Gestos deshabitados*: 6).

Por su parte, en el no menos destacable “Nos miran” propugna la superioridad del estado de ebriedad: “vigilo/ el rumor de los abismos/ el fuero del ensueño/ sobre el cordaje falso/ del solio/ en donde un ebrio/ a fuerza de plenitud/ y desarraigo/ remienda su equilibrio” (Román Orozco 2008: 84).

Perseguidor de “la cálida cripta de la transparencia”, como llamó en alguna ocasión a uno de sus libros, Román Orozco reconoce la importancia de sus maestros en el ejercicio de la lírica para reflejar estos estados de iluminación. De este modo, prodigará continuos homenajes a los autores que admira —de Pessoa a Celan, de Hughes a Thomas, de Gerbasi a Rojas Guardia, de Montejo a Crespo—, cuya impronta en su obra confiesa de forma certera —“...

el barro de esos poetas/ que viajan sin cielo en mi sangre” —, y a los que alude a través de epígrafes que dan idea de la universalidad de su cultura.

Es el caso del portugués Eugênio de Andrade, con cuyos versos inicia *Gestos deshabitados* —“Árbol, árbol. Un día seré árbol/ con la maternal complicidad del verano/ que palomas torcaces anuncian” — y al que dedica una hermosa elegía, especialmente significativa por cuanto descubre sus propias claves de escritura: “Saben que el poeta ha muerto iluminado de precipicios Ahora vive de cara hacia una página en blanco Es letra y cristal mordido por un ángel El poeta se alcanzó en uno de sus hexagramas Regresó a la calurosa boca del origen”. El destino amargo del poeta simbolista Fiodor Sologub, solo y borracho tras el suicidio de su esposa, lo hará, por otra parte, retratarlo con especial acierto en “Sologub”:

cada mañana despierta para morir de nuevo  
 su camisa mojada  
 de deletrear tantos sudores  
 sus ojos acuosos de tanto cruzar fotografías  
 y vuelve a dormirse sin rezar primero  
 la gente rumora  
 que se tiró al abandono  
 por una mujer que se fue de sus pájaros  
 porque su risa cruje como las escaleras  
 habitadas de máscaras  
 porque alguien llega al bar  
 subiendo por sus dientes

hoy amaneció bebiendo  
 hecho un trapo sobre su arco iris  
 fracturado en el tiempo

que abre huecos y envejece los cofres (*Edades manuscritas*: 54).

Por los poemas reseñados hasta el momento, podrá apreciarse que la escritura de Ernesto Román sólo puede calificarse como despojada. Este hecho se hace evidente tanto en la reiteración de ciertas palabras —desalojo, despojo, desnudo, oscuro— como en la fundamental brevedad de sus versos, carentes de signos de puntuación y marcados por un voluntario carácter abstracto.

La voluntaria desnudez de su poética ya se aprecia en *Las casas líquidas*: “el poeta/ no tiene por qué sacudirle el polvo/ a los zapatos de las letras/ en última instancia/ debería escribirlas descalzas/ y luego dejarlas caer/ para que sientan/ el piso tan frío/ de una página en blanco (2006: 55). Asimismo, leemos en *Gestos deshabitados*:

*me hago*

oscuro en lo que guardas

extiendo tu recorrido

soy la finta

de lo hablado (*Gestos deshabitados*: 55).

Por su parte, en *Edades manuscritas* reivindicará una lucidez adquirida, como en el mejor conceptismo barroco, a partir de la dificultad expresiva: “Rompo/ la médula de un látigo a dos lenguas/ me significo/ en espesor abstracto/ de lo coherente/ hecho espina de lúcida penetración” (*Edades manuscritas*: 55).

De este modo, comprendemos por qué el sujeto poético se presenta en *Magisterio de la grieta* “descalzo en lo que busco” (2008: 107), defensor de la autocorrección para lograr la página perfecta: “cultivo inteligentes/ tachaduras” (19). El minimalismo es reivindicado, por su parte, a través de la brillante imagen que da pie a “*Sobre expansión y gramática*” —“abro/ lenguas de algún libro/ le extraigo sangre/ al diabético punto de la *i*” (37)— y, especialmente, en “Sumo de mí”, que transcribo a continuación por su interés:



callado  
y en constante ejercicio  
de autonegación

intento de nuevo  
caminar sobre los mares  
para después llamarte

por el nombre más extenso

desde la sílaba

más breve (31).

Lo esencial de su escritura será pues claro: no acceder a las seducciones del narcisismo o la academia: “el poeta / debe espar-tarse la hermenéutica / con un matamoscas / colocarse lo más distante / de sí mismo...” (2006: 113). Sobre todo, respetar el silencio, como señala en “Ascensión a las flores”:

así retomo  
el vuelo

y escribo  
una silva

para tejer

silencio (*Gestos deshabitados*: 9).

Llego así al final de mi recorrido por la obra de Ernesto Román Orozco, poeta tan necesario como arriesgado y exigente, al que esperamos que en los próximos años se le conceda la atención — tanto crítica como lectora— que indudablemente merece.

## BIBLIOGRAFÍA

- Cortés Cabán, David. "Las casas líquidas, de Ernesto Román Orozco". *Jornal de poesia* (32), en: <http://www.jornaldepoesia.jor.br/bh32orozco.htm>. [12-7-2009].
- Eliade, Mircea. *Fragmentarium*. Madrid: Trotta, 2004.
- Jünger, Ernst. *Radiaciones. Diarios de la Segunda Guerra Mundial. Memorias. Vol. I*. Barcelona: Tusquets, 1989.
- López, Ana Berta. "Ernesto Román Orozco", en: *Letralia*, <http://www.letralia.com/ciudad/anaberta/060819.htm>. [12-7-2009].
- Román Orozco, Ernesto. *Las casas líquidas*. Caracas: Fondo editorial La Mano Junto al Muro, 2006.
- \_\_\_\_\_. *Magisterio de la grieta*. Mérida: Solar, 2008.
- \_\_\_\_\_. *Artesa del tiempo*. Caracas: Monte Ávila Editores, 2008.
- \_\_\_\_\_. *Edades manuscritas*, inédito (cedido por el autor, documento de Word).
- \_\_\_\_\_. *Gestos deshabitados*, inédito (cedido por el autor, documento de Word).